

dio de nuestros delitos ; son funestas conseqüencias del vicio , y no frutos penosos de la virtud. ¿Pero dónde se halla en nuestras costumbres la Cruz de Jesu-Christo? ¿Qué es lo que padecemos por agradarle? ¿En qué nos oponemos á nuestras pasiones , á nuestro genio , á nuestro gusto , á nuestros deleytes , ni á nuestras inclinaciones , para poder aspirar al titulo de discipulos suyos? ¿Dónde está la Cruz que llevamos , y sin la que es preciso renunciar á Jesu-Christo? Llevamos sobre nosotros la cruz de nuestros delitos , la cruz de nuestras pasiones , la cruz de nuestra ambicion , la cruz de nuestros rencores y envidias , esto es , la cruz del mundo y del demonio. ¡Ah! la de Jesu-Christo no es tan pesada , ni amarga , y con todo eso la arrojamos de nosotros: La de Jesu Christo hace felices á los que la llevan , y nosotros la tememos : La de Jesu Christo suaviza á la misma cruz del mundo , y nosotros preferimos esta á aquella : La de Jesu-Christo es precio de la eternidad , y nosotros la despreciamos.

¡Qué locura , Católicos! Ya que no podemos evitar las cruces en la tierra , hagamos á lo menos que nos sean utiles : Ya que es preciso que padezcamos por parte de nuestras pasiones , sea á los menos reprimiendolas , para que nos sean útiles nuestras violencias : Ya que es preciso que hallemos amarguras en la vida , aprovechemonos de ellas , y hagamoslas amarguras de penitencia , para no perderlo todo : Ya que es preciso que cueste trabajo el servir al mundo , como el servir á Jesu Christo , padezcamos por Dios lo que padecemos por el mundo : el trabajo será el mismo , pero la recompensa muy diferente.

¡Pero qué digo , Católicos , que el trabajo será el mismo! el Señor aligera el yugo que se lleva por él; y el yugo del mundo es un yugo de hierro , que mortifica y oprime : las violencias de la cruz están mezcladas de mil consuelos , y las del apetito no tienen

mas

mas premio que otras nuevas. Los sacrificios de la gracia calman el corazon ; y los de las pasiones le despedazan. Las santas inquietudes de la penitencia dexan al alma en paz y en alegría ; y las agitaciones del pecado la turban y consumen. Las espinas de la virtud llevan consigo la suavidad y el remedio ; y las del vicio dexan el aguijon en la conciencia , y el gusano roedor que nunca muere. En una palabra : los rigores del Evangelio hacen felices á los hombres , y los disgustos del mundo hasta ahora no han hecho mas que miserables.

Las gracias que han de correr desde la Cruz de Jesu-Christo os ofrecen , pues , amados oyentes míos , un recurso , que acaso no hallarán vuestros delitos en otro tiempo ; y aun las oraciones de la Iglesia mas largas y mas penetrantes hacen que , durante esta santa carrera , esté el cielo mas propicio á los pecadores.

MOTIVO IV.

LOs suspiros de esta Esposa casta , que en este tiempo no se ocupa mas que en la conversion de sus hijos , que solamente aumenta la triste harmonía de sus cánticos , para llamar la atencion y las misericordias del Señor sobre los escándalos que la afligen , abren los tesoros del cielo sobre las iniquidades de la tierra. Todo el cuerpo de los justos que ora , y siempre es oído , hace que el Señor esté mucho mas atento á las necesidades de la Iglesia , y á las miserias de nuestras almas.

No hablo de los ayunos , de las maceraciones , ni de las austeridades que practican los verdaderos fieles en estos días de salud , las que ofrecen al Señor como un sacrificio de expiacion , para reconciliarle con su pueblo ; ni de tantas almas justas que castigan su carne

con

con el ayuno y el retiro, y cuya voz como la de la sangre inocente, sube hasta el trono de Dios, no para solicitar sus venganzas, sino para atraer sus misericordias. ¡Ah! Si sola Judith en Israel, afligiendo su alma con la ceniza y el cilicio, reconcilió al Señor con su pueblo, y apartó de él los efectos de su indignacion y de su ira, ¿qué no debemos esperar nosotros de tantas almas fieles, que derramadas por toda la tierra, ruegan en este santo tiempo por vosotros, y ofrecen al Señor sus ayunos y sus maceraciones para alcanzar el perdón de vuestras culpas? ¿Qué no debéis esperar de tantos Santos Pastores, que ofrecen sus almas y sus trabajos para reengendraros en Jesu-Christo? ¿De tantos Anacoretas penitentes, de tantas Virgenes puras, que en lo interior de su retiro gimen como la paloma, desarmen el brazo del Señor dispuesto á caer sobre nosotros, y mudan sus rayos en rocíos de bendición y de gracia? ¿Quántos socorros ofrece la Religion á vuestra flaqueza? ¿Qué puertas no os abre la bondad de Dios para que entreis en el seno de su misericordia y de su clemencia?

Pudiera también añadir, las instrucciones que os ha de dar la Iglesia por boca de sus Ministros. ¡Ah, Católicos! si en otro tiempo solamente el leer la ley de Dios, casi olvidada entre los Judíos, renovó á toda Jerusalén; si todo el pueblo se deshacía en lágrimas; si los mismos Grandes y Sacerdotes, movidos de la hermosura y de la magnificencia de los divinos Preceptos, renunciaron á las alianzas profanas, y despidieron las mugeres estrangeras, ¿qué poder no debe tener para con vosotros el zelo de tantos Ministros, que van á anunciaros las palabras de vida eterna? ¿Qué movimientos no excitarán en vuestros corazones, si no los cerrais vosotros á la Ley de Dios, las máximas santas y sublimes del Evangelio, acompañadas de toda la fuerza y de todo el terror de nuestro ministerio?

Si,

Si, Católicos, la verdad tiene unos encantos, de que apenas puede libertarse un buen corazón. Las reglas de la Fé están llenas de nobleza y de equidad: Fuerzan á favor suyo á una razón sana y pura: traen á su partido, tarde ó temprano, á un entendimiento capáz y despejado. Las pasiones pueden cegarle por algún tiempo; la edad puede engañarle; los malos ejemplos pueden arrastrarle; las conversaciones de la impiedad y del libertinage pueden perturbarle; pero por último la luz de la verdad rompe la nube, y el peso y solidéz de la Religion toman en un buen talento el lugar de la vanidad que le habia divertido. Cansado de haber corrido tanto tiempo tras de los sueños y quimeras desea la verdad y la realidad, y no la halla sino en la Religion, en la verdad y en la magnificencia de sus promesas. Solamente un talento falso, y superficial puede perseverar hasta el fin en la ilusion. El mundo no puede engañar siempre sino á unos hombres sin reflexión y sin talento. Y reparad en que el mismo mundo tiene por tales á los que en todo el discurso de su vida no han sabido separar algunos días para emplearlos en asuntos tan importantes, y poner algún intervalo entre la vida y la muerte; el amor á las cosas frívolas, que al principio habia sido motivo de nuestros aplausos, luego que ya no le escusa la edad nos viene á hacer despreciables.

No resistais, pues, á Dios, amados oyentes míos, que en este tiempo de propiciacion os franquea tantos medios de salud: No os opongais á tantos esfuerzos como va á hacer la Iglesia, para atraeros á una vida mas pura y mas christiana: No os obstineis en perecer, quando todo se dispone con ansia para libertaros del naufragio. ¿Qué otra cosa se necesita mas para determinaros á poner fin á vuestros desordenes, y á mudar por ultimo una vida que os cansa, de la que el mundo murmura, cuya inutilidad, aún acaso la in-

indecencia y ridiculéz conoceis vosotros mismos? ¿Qué mas puede hacer el Señor? El os mueve con secretos remordimientos, y vosotros resistís á los santos movimientos de la gracia; os ofrece todos los socorros de la Religion, y no os aprovechais de ellos; junta en vuestro favor todas las oraciones de la Iglesia, y vosotros las inutilizais con vuestra impenitencia; hace que true- nen en estas Cátedras christianas las promesas y las amenazas formidables de la ley; y aunque su espiritu las grava en vuestros corazones, en el instante siguiente se disipan de ellos. ¿Qué mas puede todavía hacer? Castigar vuestros delitos, y los de vuestros semejantes con calamidades públicas: derramar sobre vosotros el terror de su ira, como en otro tiempo sobre aquellas ciudades que atraxeron sobre sí su indignacion con los excesos de sus disoluciones y de sus iniquidades? Este, Católicos, era el único recurso que quedaba á la misericordia de Dios para movernos; aunque nos hablaba en lo íntimo de nuestros corazones, era en vano, y así nos castiga para que le escuchemos.

MOTIVO V.

COMO hemos llenado la medida de nuestros delitos, parece tambien que atraemos sobre nuestras cabezas su indignacion. Nuestros enemigos nos insultan: Los hijos de Amalec vencen al pueblo de Dios: Nuestro antiguo valor parece que se ha mudado en cobardía: Nuestras fronteras están abiertas; aquellos muros inaccesibles, en que poniamos nuestra confianza, se hallan derribados: Nuestros vecinos, que antes apenas estaban seguros en sus mas distantes fortalezas, parece que meditan ya la conquista de nuestras Provincias, y que reparten entre sí anticipadamente nuestras tierras y casas: La justicia de nuestras armas parece que solo sir-

sirve para quitarlas la fuerza y la victoria: La paz que en otro tiempo estaba en nuestra mano, se aparta mas y mas de nosotros, y quanto mas la deseamos, se nos hace mas difícil: El azote de la guerra y de la desolacion derrama el luto y la miseria sobre nuestras ciudades y campos: El pueblo gime con el peso de las cargas, que la desgracia de los tiempos hace indispensables: La Francia que en nuestros primeros años vimos tan floreciente, se halla ahora sepultada en una profunda y amarga tristeza: Y nuestros enemigos, tan envidiosos en otro tiempo de nuestras prosperidades, apenas pueden creer nuestras desgracias y pérdidas; ¿de qué proviene esta mudanza, Católicos? Ya lo he dicho: La ira de Dios se derrama sobre nuestros delitos: la enormidad de estos ha llegado ya hasta el trono de sus venganzas: El Señor nos mira desde lo alto de su eterna morada, como dice al Profeta: *Prospexit de excelso sancto suo.* (a) Ha visto las abominaciones que hay entre nosotros: los fieles sin buenas costumbres: los Grandes sin religion; y aun los mismos Ministros sin devocion; las mugeres sin honestidad y sin pudor, haciendose abominables con unas indecencias, de que se hubieran avergonzado los siglos de nuestros padres, y que llegan á ofender la vista de aquellos mismos á quienes pretenden agradar: *Prospexit de excelso sancto suo.*

Ha mirado desde lo alto del cielo, y ha visto los adulterios y las abominaciones exáltadas en medio de su pueblo; los robos, y las injusticias revestidas con títulos y dignidades públicas; los desordenes y excesos mas terribles, autorizados con grandes exemplos; un luxo monstruoso é insensato, crecer y aumentarse con la pública miseria; los teatros hechos lugares de prostitucion con el desorden declarado de aque-

(a) *Psalm. 101. v. 20.*
Tomo III.

aquellas desgraciadas víctimas á quienes ván á oír los concurrentes; y las públicas costumbres convertidas en públicos escandalos. *Prospexit de excelso sancto suo.*

Miró desde lo alto del cielo, y vió el engaño, la ambicion, el cisma, y la enemistad que deshonoraban su Santuario. Los mismos Ministros de la paz divididos entre sí; la defensa de la virtud hecha; el pretexto de las venganzas personales; el zelo encendido por un vil interés; llamadas las pasiones en defensa de la Religion que las condena; la devocion mudada en lucro, y en una indigna hipocresía; y este Reyno, que en otro tiempo era la defensa de la Fé, y la porcion mas pura de su Iglesia, que ha venido á ser, por la licencia de las conversaciones, y la impiedad de los dictámenes, el mas horroroso teatro de los Filósofos é incrédulos. *Prospexit de excelso sancto suo.*

Miró desde lo alto del cielo, y vió á un piadoso Soberano rodeado de una Corte relajada, y al Cortesano, que siempre habia sido entre nosotros imitador de su Principe, hecho secreto censor de sus acciones: vió aborrecida la devocion del Monarca, multiplicarse los delitos, al paso que este los reprime, y que el peligro á que se expone el escandalo aviva el gusto en los excesos: vió disfrazarse la ambicion con apariencias de virtud para grangearse los favores del Soberano; enriquecerse la hipocresía con los beneficios destinados á la recompensa de la virtud, y mas afrentada la Religion con las costumbres y artificios de los hipócritas, que con las libertades de los mas declarados pecadores. *Prospexit de excelso sancto suo.*

Y entonces derramó sobre nosotros el vaso de su indignacion y de su ira. Ha hecho que perezcan con los filos de las espadas de nuestros enemigos, nuestros hijos, nuestros esposos, nuestros hermanos, y nuestros parientes; ha derramado sobre nuestros exércitos un es-

pi-

piritu de terror y de espanto; ha desvanecido nuestros proyectos, y no habiendo sido para nosotros nuestras pasadas prosperidades mas que nuevos motivos de soberbia y de disolucion, ha recurrido á los castigos, para que ya que hemos sido ingratos á sus beneficios, no seamos insensibles á nuestra afliccion y nuestros trabajos.

Y no obstante, ¿cómo nos aprovechamos de estos públicos castigos? ¿Qué oponemos á la ira de Dios para desarmarla? Quejas inútiles, terrores humanos acerca de la incertidumbre de los sucesos, é inquietudes por las miserias y cargas públicas. ¿Qué mas diré? Acaso tambien murmuraciones contra el gobierno; vanas reflexiones y continuas censuras contra los que están á la frente de los negocios públicos; inútiles clamores contra los que están encargados de las empresas y proyectos; y aun muchas veces, burlas y canciones satíricas y profanas, símbolo perpetuo de la ligereza de la nacion, en las que hallámos siempre el consuelo de nuestras desgracias, eternizando la memoria de nuestras pérdidas. Esto es lo que un Santo Padre reprehendia ya en su tiempo á nuestros mayores: *Cantinelis infortunia sua solantur.*

¿Qué necios somos! Nos quejamos de los hombres, como si ellos fueran los autores de nuestras calamidades; culpamos de nuestras desgracias á su imprudencia, á su poca habilidad, y á sus engaños. No pasamos mas adelante; no vemos que los golpes que nos hieren vienen del cielo; que el mismo Dios es quien confunde los consejos y la prudencia de nuestros Gefes; quien ciega á nuestros sabios y ancianos; quien derrama el terror y espanto sobre nuestros exércitos, y que nuestras culpas son la unica causa de nuestras desgracias; pongamos á Dios de nuestra parte, Católicos, y entonces seremos los mas fuertes; obliguemos al Señor con un sincero arrepentimiento á que pelee por nosotros, y entonces, ó dará la paz á su pueblo,

ó disiparemos á nuestros enemigos como polvo.

Casa de Israel, decia en otro tiempo el gran Sacerdote Eliacim á los Judíos, heridos como nosotros con la mano de Dios, y entregados á las tropas victoriosas de los Asyrios, acuerdate de que Moysés, aquel Siervo de Dios, rompió antiguamente la fuerça de Amalec que confiaba en su poder, en el número de sus tropas, y en la multitud de sus carros: *Memores estote Moysi servi Domini, qui Amalec confidentem in virtute sua, & in exercitu suo dejecit.* (a) De este modo, continuaba aquel Venerable Pontifice, se desaparecerán vuestros enemigos á vuestra vista, si permanecéis fieles en la práctica de los preceptos de la ley, y si os volveis al Señor con los gemidos de un corazón deshecho, y con un arrepentimiento vivo y sincero: *Sic erunt universi hostes Israël, si manentes permanseritis in jejuniis, & orationibus in conspectu Domini.* (b)

Y esto mismo es, Católicos, lo que el Santo Pontifice (*) que aqui nos honra con su presencia, y á quien ha suscitado el Señor para su pueblo en este tiempo de calamidad, os ha dicho ya con las mas vivas expresiones de su pastoral zelo y de su christiana eloqüencia. Estos fueron los medios que os señaló, ordenando con toda solemnidad ayunos y oraciones para remediar las calamidades que nos afligen; Católicos, os dixo, acabemos nuestros desordenes, é inmediatamente se acabarán nuestras desgracias; seamos mas fieles, é inmediatamente seremos mas felices, y estaremos mas tranquilos: cesen los escandalos que hay entre nosotros, y luego se

(a) *Judith. 4. v. 13.*

(b) *Ibid. 14.*

(*) *El Cardenal de Noailles que estaba presente quando se predicó este Sermon en la Catedral.*

enjugarán nuestras lágrimas; convirtamonos al Señor, y el Señor peleará por nosotros; hagamos las paces con Dios, y presto las haremos con los hombres.

Esto, Católicos, es lo que os predica, aun mas con su exemplo que con sus Sermones. El padece con las desgracias que os afligen, pero aun padece mas con las iniquidades que las ocasionan; lleva con vosotros el peso de vuestras aflicciones y de vuestras pérdidas; pero todavia siente mas el peso de vuestras culpas; pide para vosotros al Señor unos dias mas tranquilos y mas dichosos; pero tambien los pide mas santos.

Consolad su zelo, Católicos, correspondiendo á su amor; consolad su piedad, favoreciendo sus deseos; recompensad sus cuidados, conformandoos con su exemplo. Dios no ha abandonado aun á su pueblo: pues no obstante las muchas calamidades con que nos aflige, nos suscita todavia un Pastor fiel, que puede reconciliarnos con el Señor, y detener el brazo de su indignacion y de su ira. No abuseis, pues, del Dón de Dios, amados oyentes míos, y no inutiliceis con la obstinacion de vuestros corazones tantos medios de santificacion como la bondad de Dios nos ofrece, y que son los mas felices recursos para vuestra salvacion.

¡Gran Dios! ¿Quántos justísimos motivos de condenacion tendreis algun día contra mí? ¿Qué no habreis Vos hecho por salvarme, y qué habré yo dexado de hacer para perderme! Pusisteis, Señor, todos los medios para impedir la perdicion de vuestra criatura; las gracias, las inspiraciones, las ilustraciones mas vivas, las amarguras saludables, infinitos disgustos, pasiones impedidas, proyectos trastornados, esperanzas desvanecidas, calamidades públicas y personales: ¿qué mas diré? Un corazón dispuesto para lo bueno, un corazón naturalmente inclinado á la virtud y á la justicia, un corazón que se negaba á los excesos, que no parecia formado para los desórdenes, que no cesaba de llamarme para Vos, y de

reprenderme en lo interior mi flaqueza y mi vergüenza: Qué podré deciros, estando lleno de vuestros beneficios, y de mis delitos: No os canseis, Señor, de alargarme vuestra mano; habiendo hecho hasta ahora tanto por mí, no me dexareis perecer sin remedio: Quanto mas indigno me contemplo de nuevos favores, mas los espero: El horror de mi estado aumenta mi confianza, y el exceso de mis miserias es el unico derecho que presento á vuestras eternas misericordias. Amen.



SERMON
PARA EL JUEVES
DESPUES DE CENIZA.

SOBRE LA VERDAD DE LA
Religion.

*Amen dico vobis, non inveni tantam fidem
in Israël.*

Os digo de verdad, no he hallado tanta fé
en Israël. *Matth. 8. v. 10.*

DE qué provenia la incredulidad que Jesu-
Christo reprehende hoy á los Judios, y qué
motivo podrán tener para dudar de la santi-
dad de su doctrina, y de la verdad de su ministerio?
Si habian pedido milagros, los habia obrado á su vi-
sta tan convincentes, que nadie antes de él los habia
hecho semejantes. Si habian deseado que su ministe-
rio fuese autorizado con testimonios, ya Moysés y los
Profetas los habian dado, y el Precursor habia dicho
claramente: Ved ahí el Christo, y el Cordero que
viene á borrar los pecados del mundo. Un Gentil glo-
ri-